

DE SEÑORA. Hemos hablado en uno de nuestros últimos números de las presentaciones reales en el palacio de las Tullerías, haciendo mencion de los trages de algunas señoras; hoy lo haremos de los de las princesas y de algunas notabilidades.

La duquesa de Nemours, tan decididamente apasionada por todo lo azul, llevaba un vestido de este color, bastante claro, bordado de plata: la princesa de Joinville, fina y esbelta como una sílfide, vestía de blanco, y nuestra linda infanta, hoy duquesa de Montpensier, rosa con volantes de encaje negro. La princesa Galitzin de Rusia, llevaba un adorno de encaje negro, denominado *Margarita de Valois*, que un poco hueco sobre la frente, y cogido á ambos lados por tres hermosas rosas, dejaba caer sobre el cuello unas grandes bandas del mismo encaje; su vestido era de satén verde-col con tres volantes de blonda negra cogidos á un solo lado con un ramo de flores. La condesa de Essex, la mas encantadora de las bellezas británicas, tenía un adorno *Odette*, de blonda y perlas que describiendo una greea todo alrededor de la cabeza, venía á cerrarse sobre la frente: á uno y otro lado caían dos grandes racimos de perlas, y sobre la espalda una guarnicion de blonda, como se ve en los trages de las grandes señoras en tiempo de Carlos VI. El vestido le formaban, sobre otro de raso blanco, dos faldas de crespon, tambien blanco, bordadas de pequeñas estrellas de plata, y en los extremos una greca de perlas. Una princesa estrangera adornaba sus lustrosos cabellos con dos cordones de terciopelo verde, escesivamente retorcidos, figurando á cada lado un nudo, de los que el derecho sostenía una preciosa rosa rodeada de espigas de brillantes, y el izquierdo un lazo de blonda de Inglaterra. El vestido era de damasco blanco con cuatro volantes de Inglaterra, que llegaban al nacimiento de la cadera. Además de estas preciosas novedades, veíanse tambien en los salones de la suntuosa mansion de los reyes de Francia muchos otros adornos no menos ricos y elegantes. Tales eran un pequeño casquete Montpensier, de blonda negra rodeado de una guirnalda de *cactus* azul celeste, con hojas de terciopelo del mismo color, saliendo de los cálices de las flores preciosas espigas de brillantes entrelazadas con crespon lila y encaje negro; y al-

gunos turbantes y medios turbantes de todas formas y colores.

Las blondas conservan siempre su sello de grandeza y sencillez, tanto para sociedad como para calle: para lo primero la blonda negra hace un efecto sorprendente sobre el raso grosella, azul ó verde, sirviendo asimismo para las *visitas*. Las blondas blancas tienen cada una un empleo diferente, la de Inglaterra sirve para prendidos; la de Malines adorna los redingotes de tafetan para las reuniones de confianza; y el punto de Alençon, que es el que goza en el día de la aceptación general, para los grandes *soirees*.

Los trages de baile siguen haciéndose de cuerpos lisos, con tres costuras por delante y otras pequeñas por detras, partiendo casi de debajo del brazo. La punta del delantero debe ser bastante larga y aguda, y atras se forma tambien un pico semejante, solo un poco mas corto, que se pierde entre los pliegues de la falda. Muchos cuerpos de crespon ó de tarlatan se hacen fruncidos, con los pliegues sostenidos por un puño bordado de oro, que rodea las espaldas y el cuello. Otros, á la *Clara Harlowe*, esto es, muy descotados por la espalda, de donde salen menudos pliegues mantenidos en un cinturon azul plata ó cereza y oro. En cuanto á las mangas son muy cortas y cogidas con flores, nudos ó broches de pedrería. Algunas están formadas con tres bandas que se cruzan en distintas direcciones, figurando una especie de corazon sobre las segundas mangas de raso: este corte es de muy buen efecto en crespon y en tarlatan.

Los pañuelos de la mano reunen en el día todo el lujo y la elegancia que exigen la aristocracia y la fortuna. Chaperon y Dubois son los que han sustituido al bordado mate, uno que puede calificarse de aéreo; tal es la ligereza y maestría con que están enlazados diversos dibujos á un feston de hilo casi imperceptible.

El pañuelo *Maintenon*, de batista, bordado de colores, se lleva para visita; para *soirée* hay un pañuelo de batista muy fino, bordado con menudas flores caladas, de una variedad infinita; nada mas diáfano y elegante que este pañuelo. El arte de hacer guantes, que yacía como olvidado en progreso general, á pesar de los esfuerzos que se habían hecho para mejorarles, acaba de enriquecerse con un descubrimiento que le hará llegar á su mayor grado de perfección. Prevost ha sido el inventor de un aparato para tomar medida de la mano, á cuyo fin emplea una especie de masa. Además de esta mejora Prevost no

pone en sus guantes mas que pieles preparadas con el mayor cuidado, y cosidos á punto de feston, el mas fuerte que se conoce. Puede volverse á la piel su limpieza y brillantez, usando la goma, lo que disminuye en una tercera parte el gasto de guantes.

De caballero nada se sabe ni se ve que hayan variado en nada las noticias dada en el último número.

LABORES.

Núm. 1.º Precioso dibujo que representa la mitad de una bertha de tamaño natural, la que se borda á cordoncillo en tul de Bruselas sobre chaconada sumamente fina.

Núm. 2.º Cuello lindo y sencillito para bordar en organdy á punto de cadeneta ó á cordoncillo.

Núm. 3.º Geroglífico.

Solucion del anterior.

Entre dos muelas iguales, jamas dejes tus pulgares.

Recuerdos históricos.

UNA JUSTICIA DEL REY D. PEDRO.

«E un perlado arzobispo de Santiago que decian D. Suero que era natural de Toledo, é pariente de los mejores de la cibdad, estaba ahí en Santiago, é quando el rey allí llegó acontecio lo que aquí oiredes.»

Crónica del Rey D. Pedro, por Pero Lope de Ayala.

I.

EL CONSEJO.

Es el fin de una bella tarde de estío del año de gracia de 1366. En un inmenso salon del arabesco alcázar de Sevilla, completamente adornado á la usanza morisca, se ve muellemente sentado sobre ricos cojines de terciopelo el rey D. Pedro de Castilla. En su semblante están pintadas la inquietud, la desconfianza y la tristeza. Rodéanle algunos de sus cortesanos, entre los que se distinguen el Maestre de Calatrava Martin Lopez de Córdoba, Mateo Ferrandez, canceller del sello de la puridad, y Martin Yañez de Sevilla, tesorero ó

almojarife. Estos tres personajes eran los que en la época en que comienza esta historia gozaban de mas privanza con el inconstante monarca castellano. Ocupaba á los actores de la escena que describimos una importante discusion; tal era acordar el partido que deberia adoptarse en las críticas circunstancias en que se hallaba D. Pedro. Con efecto, el bastardo D. Enrique, conde de Trastámara, seguido de un lucido ejército compuesto de franceses, aragoneses y castellanos mal contentos, invadiera el territorio de Castilla, y habia sido aclamado por rey en Calahorra donde alzara el pendon real en la solemne ceremonia su hermano D. Tello. Desde allí continuaba la conquista del reino, ó mas bien su marcha triunfal; pues todas las ciudades, ansiosas de sacudir el yugo del rey cruel, le abrian gozosas sus puertas. D. Pedro en su precipitada huida abandonara ya al de Trastámara las cabezas de ambas Castillas, Burgos y Toledo, y disponíase á dejar á Sevilla, adonde se dirigia con la velocidad del rayo el afortunado vencedor. Distintas opiniones dividian el consejo del rey de Castilla, mas prevaleció la de pedir auxilio al de Portugal, con quien le unian los vínculos de parentesco y amistad. La repentina llegada de un pagecillo suspendió la importante conferencia. «Señor, dijo con timida voz que revelaba su corta edad y el temor de desagradar á su bárbaro amo: dos caballeros desean tener la honra de besar la mano á V. A. en este mismo instante, pues....» Los ojos de tigre del rey brillaron de un modo siniestro y fijáronse de tal manera en el page, que hubo de bajar los suyos poseido de terror. —Rapaz!... dijo D. Pedro con tono brutal, guarte otra vez de interrumpir las conversaciones de tu señor, ó ha de costarte caro.... Que entren.» Un instante era pasado, cuando se dejaron ver en la regia cámara dos arrogantes mancebos cubiertos de lucientes armaduras. El uno parecia contar 30 años, su talla era magestuosa, gruesa cadena del oro mas puro circuía su robusto cuello, y un liston rojo terciado sobre el hombro derecho, mostraba que el noble paladin pertenecia á la orden de caballería de la Banda que fundara el

belicoso rey Alfonso XI. El otro caballero era mas jóven; la barba comenzaba apenas á sombrear su hermoso y varonil rostro, y vestia una armadura semejante á la de su compañero. Los modales de ambos hacian ver á tiro de ballesta su noble alcurnia, al mismo tiempo que unos turbantillos de tela roja recamada de oro, que en vez de plumas ornaban sus bruñidos cascos, dejaban conocer al menos perspicaz eran señores de Feudo, ó usando el lenguaje de la época, *de horca y cuchillo*. Uno y otro, impulsados de un mismo pensamiento, se arrojaron á los pies del monarca, gritando con voz ahogada por la cólera.—«¡Justicia!! ¡venganza!» Sorprendidos quedaron el rey y los circunstantes.—«¿Qué os sucede, Fernan Perez?» dijo aquel: y luego, con la volubilidad que le caracterizaba, añadió con sonrisa burlona: «¿Justicia me pidis? Dirijios á mi buen hermano Enrique. ¿Venganza? encomendadla á vuestras espadas; yo nada soy ya en Castilla: ¿no es verdad, señor canciller?» Y volviéndose á este, prorumpió en una estrepitosa carcajada. Alzáronse los dos caballeros recién llegados con no simuladas muestras de despecho al ver la ligereza del rey, y el primero de quien hablamos le contestó con tono enérgico, aunque respetuoso.—«Holgáramos en verdad, señor, encontraros mas dispuesto á escucharnos: nunca hubiéramos creído mirase V. A. con tanta indiferencia asuntos en que se juega la vida y el honor de sus mas fieles vasallos.»—Anublose el semblante de D. Pedro al oir tan amarga como justa reconvencion, y repuso con voz áspera.—«Bien, señores, hablad: yo os creía ciertamente partidarios del bastardo.»—«Los *Turrichaos* (dijo el que llevaba la voz) saben sellar con su sangre sus juramentos; harto le consta á V. A., Siempre fieles, nunca os abandonarán, ni prestarán jamás homenaje á otro señor. En tanto tengamos vida no os alterarán vasallos; en tanto poseamos una almena, no han de faltarnos estados.»—Si alguna vez, en todo el curso de su borrascosa vida, se conmovió el alma ruin de D. Pedro, fué en este instante en que abandonado de casi todos los suyos veía demostrados sentimientos de tan noble leal-

tad. Tendió pues las manos á los dos guerreros, y les dijo con ternura.—«¿Qué puede hacer por vosotros, no ya el rey de Castilla, sino vuestro buen amigo D. Pedro?»—«Señor, quisiéramos confiar solo á V. A. nuestra cuita.»—«¡Despejad!» dijo bruscamente el rey á los circunstantes; y en el instante se cerraron tras ellos las doradas puertas de la estancia real.

II.

SANTIAGO DE COMPOSTELA.

Dos años antes de la época en que tuvo lugar la escena de que acabamos de hablar, en una hermosa mañana de primavera, las altas torres de la Basílica de Santiago se estremecian al continuado clamoreo de las campanas. La magestuosa música de los organos llenaba las ojivadas bóvedas de la antigua catedral. Mil blasonadas banderas flotaban por doquier, y un gran palenque alzado en la espaciosa plaza, y al que se veian llegar muchos paladines completamente armados, demostraba iba á celebrarse un torneo. Alegres danzas de aldeanos recorrían sin cesar las calles de la ciudad; todo, en fin, anunciaba una solemne fiesta. Tantos regocijos tenian por objeto celebrar la venida del muy noble y magnífico señor D. Suero de Toledo, arzobispo y señor de Santiago, elevado hacia poco á aquella dignidad. Su entrada debia verificarse de un instante á otro; pues se sabia llegar ya á su castillo de *la Rocha*, distante tan solo una legua, adonde fueran á recibirle todos los señores feudales del contorno, y otros nobles que le rendian vasallaje por su dominio temporal. Bien pronto se dejaron oir los timbales y clarines de los hombres de armas que formaban la guarda del arzobispo. Manejaba este con gracia y maestría su arrogante corcel arabe del color del ébano: su arnés estaba cubierto de rico paño de brocado en el que brillaba el antiguo blason de los Toledos. El rostro del prelado era hermoso, si bien su mirada tenia una espresion siniestra. No habia alcanzado por su edad (pues apenas contaba 30 años) la encumbrada dignidad de que se hallaba revestido;

debíala sí, al valimiento que su noble familia disfrutara siempre con los reyes, no habiéndose sentado hasta entonces un tan joven sacerdote en la silla metropolitana de Galicia. Cabalgaban agrupados á su alrededor los mas ilustres caballeros de aquel antiguo reino. Allí se veían los Tenorios, los Moscosos, los Correas, los Montenegros, los Salgados, y otros ciento que ostentaban su nobleza y gallardía; mas descollaba entre todos, tanto por su bella presencia cuanto por sus lujosos arreos, Fernan Perez Turrichao, uno de los mas poderosos señores del país, y apreciado favorito del rey, á quien servía cerca de su persona en la honrosa clase de escudero. A su lado marchaba su pariente y amigo Alfonso Perez de Gallinato, en cuyo bello rostro iba pintado el contento y el placer. Continuas miradas dirigia á una de las ventanas ojivas de un viejo palacio, por frente del cual pasaba á la sazón la lucida comitiva. Llenas estaban aquellas de hermosísimas y apuestas damas; mas la que robaba la tención de Alfonso era sin duda la mas hermosa de todas: ¿cuál era la que podia competir con doña Mayor? La rosa á medio abrir salpicada aun con el rocío de una aurora de mayo es menos bella. Era hermana de su amigo y su prometida esposa. No le ocupaba á doña Mayor la fiesta, no los ricos atavios que la engalanaban, ni la preferencia marcada que obtenia de sus compañeras, ni los galantes obsequios de mil adoradores; su mirada estaba fija en los negros ojos del gallardo Alfonso; y se abandonaba sin resistencia á tan dulce fascinación. Por fin aquella brillante cabalgata pasó rápidamente cual una exhalación luminosa, y echando pie á tierra, los nobles que la componían entraron en la catedral, en donde el nuevo prelado debía por la vez primera dar la bendición al pueblo que iba á gobernar. Pocos instantes duró esta ceremonia, y luego que D. Suero quedó instalado en su suntuoso palacio, los caballeros que hasta allí le acompañaron fueron á cambiar sus ricos y elegantes trajes por las brillantes armaduras con que debían entrar en el solemne torneo que iba á celebrarse.

(Continuará).

PIEDRAS PRECIOSAS.

Como las piedras preciosas ocupan uno de los lugares mas importantes en los adornos de tocador, ofrecemos á nuestras constantes suscriptoras hacer en las columnas de LA ELEGANCIA la descripción de cada una de las diferentes clases de pedrería por separado, calificando su mérito, colores y propiedades con la extensión que nos sea posible, comenzando hoy por el diamante.

Las piedras preciosas, pues, se han mirado en todos tiempos como el mas pingüe patrimonio de los países privilegiados: su hermosura, su brillantez y la diversidad y belleza de sus coloridos han arrebatado siempre la admiración aun de los hombres ignorantes; siempre han sido objeto del mineralogista y del geólogo y se han considerado como las mas estimables producciones del globo y como uno de los ramos mas interesantes y lucrativos del lujo, de la industria y especulación.

Varias son las piedras preciosas que hoy describe la *Orictonopsia*; pero las que presentan cualidades mas apreciables y embelesadoras y son de mayor estima y lujo, pueden reducirse á las siguientes:

Diamante. El diamante debe considerarse como el rey, por decirlo así, ó primer mineral; y por consiguiente ha sido mas estimado y de mayor valor en los tiempos antiguos y modernos. El diamante es el cuerpo mas duro que se conoce en la naturaleza, y por esta propiedad el diamante es *diamante*, palabra derivada del griego y que significa *no domable* ó *fuerza indómita*. Los latinos le llamaron *adamans*, los franceses *diamant*, los árabes y mauritanos *almos*, los italianos y españoles *diamante*, y los indios *fráa*. Al diamante se le han atribuido un sin número de propiedades que la razón ha conceptuado fabulosas.

Esta preciosa piedra, que forma el principal ornato, adorno y lujo de todos los magnates de la tierra, es un carbono puro, sustancia que combinada con otros varios cuerpos, es quizá una de las mas abundantes que existen en nuestro planeta; pero muy rara y escasa en su estado de simplicidad, pues el diamante, hasta el día, solo se ha encontrado en ciertos y determinados sitios de los reinos de Golconda y Visapur, en la isla de Borneo, en el Brasil y en las faldas occidentales de los montes *Urales*, en la Siberia. Por lo regular están los diamantes en lecos, depósitos ó minas,

y en las tierras de acarreo llevadas por los aluviones de los ríos.

Aunque no hay piedra ni metal que resista á su frote, un calor continuo y excesivo le hace perder su hermoso brillo y aun llega á oxidarle. Los diamantes mas apreciados son los que tienen mayor diafanidad; carecen absolutamente de color y arrojan ó reflejan los rayos de luz con mas viveza y energía: cualquier otro color ó mancha que tengan estas piedras, bien sea de rosa, amarillo, verde, azul, acerado, ahumado ó negro, rebaja sobre manera su estimacion y precio.

Esta preciosa é incomparable produccion de la naturaleza fué muy conocida de los antiguos, pues el célebre naturalista Plinio hace mencion de ella; la han apreciado sobremanera los hombres cultos de todas las naciones y la han destinado á honrar y hermohear los objetos mas caros y sagrados, y para engalanar sus mas ricos y costosos adornos.

Los autores que han escrito de piedras preciosas han dividido los diamantes en *naturales* ó *brutos* y *labrados*, y, considerando los primeros con relacion á las formas que tienen cuando se sacan de los criaderos, se presentan en puntas, *naifes*, ó de figura octaédrica, en *lascas tendidas*, á manera de chapas, y en *rebolludo*, ó semejantes á las chinas, ó pequeños cantos rodados.

Se usaron estas preciosas piedras en su estado natural ó bruto hasta el siglo XV; por consiguiente eran opacos y no presentaban toda la brillantez y hermosura que poseian y que mostraron despues de labrados: este importante descubrimiento fué debido á Luis Bergens por los años de 1476, que fué el primer abriillantador que inventó el modo de cortarlos y pulirlos con sus mismos polvos, pues de otra manera seria imposible; de modo que, si no hubiese existido mas que un diamante, hubiera quedado sin pulir.

Varias son las labores que se dá al diamante; la mas antigua es conocida con el nombre de tablas ó labor de las Indias. La mas preciosa forma que el arte ha dado á esta rica piedra es la de brillante. Cuando los brillantes no presentan el menor defecto de color, cristalización, diafanidad, etc., se llaman de *primer agua*. La variedad de los diamantes consiste en sus colores, y frecuentemente son blancos ó gris pardo. El color mas estimado es el de nieve; los de color gris tienen valor inferior. El diamante amarillo tiene la misma estimacion y valor que el de nieve. El diamante verde, el azul y el negro son muy apreciados por su

rareza; pero estando privados de brillantez, no son interesantes en la joyería.

El valor que se ha dado en la sociedad á este producto natural, beneficiado por el arte, es sorprendente, con especial á los brillantes.

Con dificultad se encuentran grandes diamantes; así que son contados los que se poseen en Europa: lo que mas ha contribuido á disminuir el número de unas piedras de valor tan inmenso, ha sido la costumbre adoptada por los poderosos de las Indias, poseedores de las minas de diamantes, de vender solo los pequeños y medianos, y conservar para sí los de un tamaño extraordinario que vinculan en su familia y conservan como un tesoro. El jefe de la familia dispone que le hagan un pequeño agujero en la superficie; en muriendo este jefe, manda hacer lo propio su sucesor y lo mismo los demas; de suerte que estiman tanto mas semejantes piedras, cuanto mas son los agujeros que tienen. Ciertamente es que estos agujeros perjudican á la piedra, en caso de que se la quisiese labrar; pero no les da cuidado, porque no tienen tal intencion: no se deshacen de ella por ningun incidente, sea el que fuere, pues no sufrirían que otro llegase á poseer lo que á ellos les habia costado tanto; si preven la ruina de su familia, lo que no pocas veces acontece, entierran la piedra donde jamás se vuelve á ver, y con este motivo se asegura que hay muchos diamantes gruesos perdidos para siempre.

La España, la opulenta España en los siglos XVI, XVII y XVIII, llegó á poseer ella sola mas diamantes que las demas naciones de la Europa. El descubrimiento de las Américas por el inmortal Cristoval Colon aglomeró en esta nacion, tan feliz y rica entonces como desgraciada y pobre ahora, las innumerables cantidades de metales nobles que producian las minas de aquel vasto continente. Estas inmensas riquezas atrajeron á sí las producciones de las Indias orientales en esa multitud de piedras preciosas que contemplamos con admiracion y embeleso: por esta causa en nuestros suntuosos templos, en los régios alcázares de nuestros soberanos, en los palacios de los grandes del reino y aun en las casas de los ricos españoles, llegaron á hacinarse las alhajas de plata y oro, de diamantes, esmeraldas, rubíes, perlas, etc., pues invertian sus ahorros en comprar unas joyas que, sirviéndoles de precioso adorno en la prosperidad, un dia podian serles de apoyo y consuelo en sus desgracias y necesidades de la vida.

Los Reyes de España, desde Fernando é Isabel hasta Carlos III, dispensaron la mas decidida proteccion al noble arte de la platería, concediendo á los individuos que se dedicaban á esta profesion marcados privilegios y honrosas distinciones. Fernando VI para demostrar el aprecio y estimacion que hacia de las piedras preciosas y propagar en sus dominios su laboreo, dispuso que hubiese en España artistas abrilantadores, y al efecto hizo venir de Holanda, con muy buenos sueldos, maestros consumados. Carlos III con el mismo objeto pensionó varios jóvenes para que aprendiesen debidamente y con perfeccion á labrar el diamante, comprándoles la maquinaria indispensable para realizar y llevar á cabo tan feliz idea.

Pero tan útiles y provechosos proyectos debian terminar muy en breve. Multitud de estrangeros penetraron en España durante la guerra de la independencia y descubrieron los inmensos tesoros que contenia.... Los gobiernos de las otras naciones desde aquel entonces trataron de esplotar tan rica y productiva mina y lo han conseguido, sustentándose y aprovechándose de nuestra desunion y desavenencias domésticas, mediante las cuales han estraído todo el oro, plata y piedras preciosas, dándonos en cambio adornos de similor.... esa bisutería de baja ley que está proclamando el abatimiento y miseria de nuestra industria y comercio, en esa multitud de tiendas y depósitos de géneros estrangeros de aparente suntuosidad, y de poco ó ningun valor intrínseco. Estos adornos falsos que compra el público incauto á peso de oro, las continuas exacciones que se hacen de nuestras propiedades y riquezas, ha dejado á la España exhausta, siendo así que debia ser la nacion mas opulenta y poderosa de Europa.

Concluiremos señalando los diamantes mas notables y de mas peso que se han conocido hasta el dia.

Un diamante fondo cuadrado, limpio y perfecto, de aguas, de peso de cien quilates en bruto, que quedó en cuarenta y siete y medio labrado y compró nuestro rey don Felipe II, valuado en 2,550,000 rs.

El diamante *Saucy*, perteneciente á la corona de Francia, con peso de cincuenta y seis y medio quilates, que costó 2.400,000 rs.: su figura es ablonga, su labor de rosa doble, y su limpieza perfecta.

El *Regente*, propiedad tambien de la corona de Francia, tiene de peso ciento treinta y siete quilates: costó 10.000,000 de reales, pero está valuado en 20.000,000: es un diamante brillante que por su per-

feccion, figura, buena labor y aguas, se considera como el mas bello y el primero del mundo.

El diamante que compró la emperatriz de Rusia, por medio del príncipe Orlow, de diafanidad y hermosura admirables, procedente de la mina vieja de Laborat, en las Indias orientales, cuyo peso es de ciento noventa y cinco quilates: costó 6.645,559 rs. con mas de 100,000 rs. de renta vitalicia anual para el vendedor.

Y el diamante del gran Mogol, que es un rosa de docientos setenta y nueve quilates, de buena forma y aguas, apreciado en 46.895,112 rs.

Por último, entre los diamantes de escetivo tamaño y que no han sido valuados se cuentan el del duque de Toscana, con peso de ciento treinta y nueve y medio quilates.

El que poseia un comerciante, que pesaba doscientos cuarenta y dos quilates.

El del bajá de Masun en Borneo, de trescientos sesenta y siete quilates.

Finalmente, el que se dice que adquirió el rey de Portugal, procedente de una mina del Brasil, que en bruto tenia el estraordinario peso de mil seiscientos ochenta quilates, y por consiguiente de precio incalculable, y mucho mas si esta piedra hubiese sido oriental; pues los diamantes del Brasil son menos duros y diáfanos, y de calidad mas infima.

En el número próximo nos ocuparemos del rubí.—M. M.

EPIGRAMAS.

Eres un loco.—¿Y por qué?

le contesté á don Tomas.—

Por qué te casaste.—¿Eh?

¡tontería! usted no vé que hay como yo muchos mas?

Ibame yo á acostar,

y Adelita con ruido

me dijo:—para cenar

le vengo á usted á buscar

de parte de mi marido.

Me fui, y cuando llegué

á su casa, así me habló:

—ya mi marido se fué;

mejor es que fuera esté

para.... cenar usté y yo.

J. M. CARVALLO.

EL DESVELO.**SONETO.**

Duerme en paz, mundo, mientras yo medito
Sin engaño, falacia ni apariencia:
A mi lado respira la inocencia,
Y de verla gozar me felicito.

Aunque del sueño amigo necesito,
Encuentro en mi desvelo complacencia.
Duerme, hija mia; sana tu conciencia,
No te puede acusar ningun delito:

Déjote disfrutar, y vuelvo al mundo,
Que un panteon sin fin solo presenta:
En su vacio inmenso me confundo,

Que las tinieblas ya la aurora ahuyenta.
Despierta pues, mortal; vuelve á la vida,
Si te es amada: duerme, si temida.

FELIPA MORELL DE CAMPOS.

EL POETA Y EL PINTOR.**NOVELA.****I.****EL DESAYUNO.**

Plasencia es una pequeña y encantadora ciudad de Extremadura, en donde mas que en ninguna otra parte han dejado los árabes maravillosos monumentos de su fantástica arquitectura: aun ahora no puede menos de pararse el viajero lleno de admiracion en medio de sus tortuosas calles, formadas por cien bellos palacios; pues no merecen el nombre de casas aquellos edificios sembrados de graciosos relieves y que parecen mas bien la creacion de una hada oriental que la obra de un hombre.

Esto es en nuestros días; júzguese ahora del espectáculo que deberia ofrecer Plasencia en el siglo XVI, de la impresion que deberia producir en la ardiente y poética imaginacion de un jóven que por toda maravilla no havia visto hasta entonces mas que la humilde iglesia de Pilas y las pobres chozas agrupadas á

su alrededor; lleno de sorpresa, conmovido hasta derramar lágrimas, corria de pórtico en pórtico juntando las manos, levantándolas hácia el cielo, y dejando escapar algunas de aquellas sencillas exclamaciones por las cuales los españoles en su emocion llaman en su ayuda á todos los santos del paraíso.

—¡Virgen Santísima, esto es hermosísimo! ¡Dios mio, qué bella casa! ¡San Estéban mi patron me valga! ¡estas son maravillas dignas del cielo!...

El que hablaba así, y en quien los monumentos de Plasencia parecian producir una tan viva impresion, era un muchacho como de hasta diez y seis años, y en cuyas facciones se notaba aquella varonil hermosura que caracteriza en España á los montañeses: alto y de gallarda figura, descubria en sus mas insignificantes movimientos aquella elegancia natural que da una constitucion vigorosa, desarrollada por un ejercicio continuo y una vida sóbria y frugal. Vestia el gracioso traje de los aldeanos de Andalucía, y llevaba por todo bagage solo un saco de lienzo, no muy bien provisto al parecer. Cuando el jóven viajero lo hubo corrido, visto y admirado todo, sentóse sobre las gradas de un monasterio, descargó el saco de sus espaldas, púsole en tierra, tomó alegremente de él un pan de centeno cuya corteza frotó con una gruesa cebolla, y habiéndole partido en dos mitades, se puso á devorar la una con un apetito mas que mediano, que le hizo recurrir muy pronto á la otra que habia dejado sobre el saco.

Otro viajero, á lo que parecia de alguna mas edad, cuyo miserable exterior en nada perjudicaba á su buen aspecto, y que rato hacia le miraba atentamente, no pudo reprimir una estrepitosa carcajada al verle atacar con tantos bríos el segundo pedazo: levantó el muchacho enojado la vista hácia el que con tan poca ceremonia le trataba; pero la alegria del desconocido era tan franca, tan comunicativa, que sintió disiparse su ira, correspondiendo al instante á sus carcajadas con otras no menos estrepitosas; y no paró en esto, sino que invitó al extranjero á dividir con él un desayuno comenzado bajo tan risueños auspicios. Miró este con ridicula gravedad lo que quedaba del pan.

—Sin duda, camarada, aunque teneis buen apetito, no creéis en el de los demas..... ¿qué quereis que haga de esos míseros restos, sobre los que por otra parte echais aun esas miradas codiciosas y llenas de dolor? Pero.... no he de ser menos; me habeis convidado á

vuestro banquete, y quiero convidaros al mio... Confío que á pesar de la buena cuenta que acabais de dar de esos mendrugos, os quedarán aun en el estómago fuerzas bastantes para honrar dignamente este pastel. Y diciendo esto sacó de sus alforjas uno, cuyo esquisito olor fuera capaz de resucitar á un muerto. Cuando hubo colocado sobre sus rodillas esta preciosidad gastronómica, descolgó de su cintura una pequeña bota llena de excelente vino de Valdepeñas, dividió luego religiosamente el pastel en dos partes iguales, y comenzaron á comer, el uno como si no lo hubiera hecho en seis dias, el otro como si no hubiera devorado pocos minutos antes un pan que pesaba por lo menos tres libras. No permaneció olvidado el de Valdepeñas, é íbase animando por instantes la fisonomía de los nuevos amigos, y aumentándose visiblemente su buen humor, cuando se abrió con estrépito la puerta del claustro para dejar paso á un hombre enteramente borracho, á quien un monge sostenia, ó por mejor decir, empujaba con violencia hácia la calle.

—Fuera de aquí! gritaba el monge; fuera de aquí! miserable, que osas pisar este monasterio en semejante estado, profanando este sagrado lugar, y olvidando los importantes trabajos que se te habian confiado; fuera de aquí, y no vuelvas á presentarte jamás delante de mi vista, ó sabrás quién es el hermano Arsenio. ¿Cómo andarán ahora, gracias á tu intemperancia, los preparativos de la solemnidad de mañana?... Y vosotros tambien ¿qué haceis ahí?... ¿desde cuándo las gradas de un monasterio se han convertido en refectorio de las gentes de vuestra calaña? añadió el religioso, descargando sobre los dos extranjeros el mal humor que le habia causado el borracho.

—No os incomodeis, padre, replicó el mas jóven mientras que su compañero se apresuraba á recoger las reliquias del pastel, amenazadas por el ancho zapato del monge, no os incomodeis. Pensábamos que unos religiosos que predicán la caridad no nos reprocharian como un crimen el venir á sentarnos á su puerta para comer mas holgadamente un pedazo de pan.

—Eres muy atrevido, dijo el monge, cuyo enojo parecia disiparse visiblemente ante la charla y despejo del jóven montañés. ¿Cómo te llamas?

—Esteban ¿y vos, padre?

Al oír el monge esta pregunta miróle con aire de sorpresa, y vaciló un instante como dudando de lo que debería responder.

—El hermano Arsenio. Pero...., no me has dicho

mas que tu nombre de bautismo ¿y el de tu familia?

—¡Oh! eso es un secreto.

—¿Por qué razon?

—Porque me he escapado de la casa de mi padre, y si os digese mi apellido podriais encaminar fácilmente á los que sin duda deben de venir en mi alcance.

—¡Escaparse de la casa paterna! en verdad que está muy mal hecho... Pero ¿qué motivo ha podido sugerirte una accion semejante?

—El deseo de ver á Velazquez y de ser admitido entre sus discípulos.

—¿Con que eres pintor? preguntó el padre sonriendo.

—Sí, repuso el muchacho, ofendido en cierto modo de aquella irónica sonrisa; si, soy pintor, y discípulo de Juan del Castillo mi abuelo; ¡ah! si viviese, aun estaria á su lado, y no me veria en la precision de correr por montes y valles en busca de otro maestro. Juan del Castillo me llevó consigo desde pequeño, y me dió algunas lecciones de su arte; á su muerte tuve que volver á casa de mi padre, casado hacia tres años en segundas nupcias con la muger mas avara y cruel de toda España. Mi madrastra, sin tomar en cuenta mi vocacion por la pintura, y sin hacer mas caso de mis lágrimas que de mi desesperacion, quiso destinarme al oficio de zapatero. Mi padre, bueno naturalmente, aunque de carácter débil, aprobó este proyecto, y me puso de aprendiz en casa de un maestro.... Dos dias despues, ya caminaba yo á grandes jornadas, libre y contento, en busca de Velazquez.

(Continuará.)

ADVERTENCIA.

Habiendo resuelto regalar á nuestros suscritores con el número 23 un magnífico retrato del rey, copia del de don Antonio María Esquivel, litografiado con el mayor esmero, y estampado en el mejor papel francés de marca, encargamos á los suscritores de provincia para cuyos pueblos no hay medios de remitir este retrato sin doblarle, cuiden de que le recoja en estas oficinas persona autorizada con carta orden al efecto; ó nos avisen (franco de porte) si se ha de remitir con el número correspondiente, á pesar de que quede estropeado.

Los demas suscritores para cuyos puntos hay diligencias pasarán á recogerle á casa del comisionado, tan luego como en el periódico se les advierta.